

# Martí y España<sup>53</sup>

José L. Galbe

Vengo a ingresar en el culto de Martí como humilde neófito, tan lleno de respeto que llevo trece años en Cuba y ahora es cuando voy a atreverme a decir sobre él algunas palabras, pero aunque no haya hablado del Apóstol hace tiempo que lo llevo en mi espíritu como a maestro y guía, vencedor en la mayor prueba que haya sufrido genio alguno: la de haberse incluido en sus obras completas hasta los mas íntimos de sus papeles cotidianos.

Uno de los pocos escatimadores de su gloria, don Antonio de Iraizoz, dijo que como “al genio más daña que beneficia la prodigalidad en recoger cosas no logradas”, “toca a los cubanos impedir que Martí caiga en lo risible, ya que, aunque un autor debe ser crítico de sí mismo, Martí no tuvo tiempo”.

Error craso porque Martí tuvo para escribirla el tiempo que faltó a su comentarista para leer la carta a Gonzalo de Quesada en que señaló lo que creía seleccionable de su obra, equivocándose solo en el exceso de su modestia, porque como, según dijo Pedro Henríquez Ureña, “él elevaba los temas a su propia altura”, todo ha servido, sirve y servirá, y ha quedado resuelto a su favor por su primer siglo de vida inmortal y por el ancho mundo sin orillas, que le atribuye universal talla, el gravísimo problema que para cualquier otro hubiera supuesto el ser exprimido hasta la última gota de su sustancia, y su obra total, examinada con todos los microscopios ideológicos, éticos, estéticos y políticos, ha quedado triunfante en todos sus aspectos.

---

<sup>53</sup> Conferencia pronunciada el 16 de marzo de 1953.

Esa grandeza debe acentuar nuestra humildad. A Martí hay que acercarse como se entra en una catedral majestuosa, en cuyos púlpitos ni aún los que lo hacen con formal derecho debieran osar encaramarse nunca, y en cuyas naves no es lícito ponerse a gritar por el gusto de oír la propia voz resonando en las bóvedas.

Viene sirviendo, sin embargo, con harta frecuencia “para llenar con pensamientos aceptables el vacío de la voz ajena”, y hay gentes que han de agradecerle una cierta efímera resonancia y supervivencia porque si no hubieran escrito precisamente sobre él jamás hubieran visto en libros ni folletos sus nombres grises.

Frente a estos, debiera formularse como mandamiento de la religión del Apóstol, a la que podríamos llamar “la religión del hombre”, el de “no pronunciarás el nombre de Martí en vano”, porque se le invoca tan desaforada y a veces escarnecedora-mente, en fechas faustas e infaustas, y hasta por los personajes más siniestros, que pronto llegará el día de reglamentar la utilización de Martí lo mismo que ha habido que limitar coactivamente el abuso de la bandera de la Patria.

No hubiera osado incorporarme a la falange de comentaristas que “enmarañan la selva martiana de malezas con las que difícilmente lucha el hacha del leñador” si no me hubiera hecho mi gran amigo el Dr. Felipe Martínez Arango el honor altísimo de invitarme a participar en este Ciclo del Centenario.

Permitidme que mis primeras palabras sobre Martí sean una ofrenda floral más, que alzo hacia él, hablándoos, como voy a hacerlo, precisamente de un ramo de flores.

Cierto día, hace unos años, recibí un regalo gentil de un amigo admirado. Jorge Arche me ofreció una copia de su retrato del Apóstol. Es un óleo notable, hecho con unción, poniendo en él el alma. Martí es un nuevo “Caballero de la mano al pecho”, aunque el suyo generoso no lo cubre, como en el lienzo del Greco, un hábito de negro terciopelo sino una blanca guayabera criolla.

Ojos iluminados y febriles, ancha frente genial, aire romántico... Detrás —nubes, palmeras y colinas engarzadas en sol— la tibieza entrañable del campo de Cuba.

Entronicé el cuadro frente a los libros amigos y a los retratos de mis muertos, esas imágenes descoloridas que son, hasta el fin de las nuestras, lo único que nos tiene que respetar la vida a las gentes ligeras de equipaje. Y hace algún tiempo —empezaba el año del Centenario— en la diaria resurrección luminosa de las mañanas, fui viendo algo que me hizo pensar en un milagro imposible. En el jarrón, antes vacío, amanecía a diario la dulzura hecha flor bajo el retrato hecho símbolo.

Sin promesa ni comentario, discurso ni fotografía, una mujer humilde que se afana en mi hogar en las tareas domésticas, busca los ramos por los senderos de Ciudadamar, y bajo ese retrato ignorado, que solo ella y yo vemos, coloca cada mañana la ofrenda.

Pienso que a Martí, tan fuerte que pudo permitirse el lujo supremo de la ternura que amenaza la fija pupila atónita, le gustaría que lo hiciese y por Martí y por esta mujer cubana lanzo al vuelo las campanas de mi júbilo, que no está de más repetir, antes de entrar en cualquier tema de la doctrina o la actitud del Maestro, que Martí, primero que con nadie con quien estuvo fue “con los pobres de la tierra”, y por encima de cualquier hazaña nacional o política, por sobre todas sus consecuencias cubanas y americanas, quedó flotando, como la más alta bandera, su mensaje humano total, el que ondea en lo cimero de sus *Versos Sencillos*:

Cuando al peso de la cruz  
el hombre morir resuelve,  
sale a hacer bien, lo hace y vuelve  
como de un baño de luz.

Versos inmortales, que lo colocan en la escala de los valores humanos al nivel inaccesible de un Beethoven, porque, como él, supo ir “de la hiel a la miel”, “por el dolor a la alegría” y por la desesperación a la esperanza.

## **Martí y España**

Hablar de Martí y España es sacar agua del mar. Y ha de ser tratar de Cuba y España, que Martí la vio siempre en función

de cubano, el mejor de cuantos se alzaron en defensa de la libertad de su tierra.

El tema, a una suave luz de sentimentalismo, ha marchado con fácil lubricante de cordialidad aunque, a veces, con la confusión sinuosa de lo interesado. Han sido españoles quienes han caído más en tales trampas, y hasta mentes muy altas se apartaron de la severidad con que hay que dilucidar este asunto.

## Los tópicos

El propio don Fernando de los Ríos se refirió al “alma hispánica”, como otros al “alma germánica” o al “alma eslava”, fórmulas tan rechazadas que no se habla ya ni del “alma yanqui”, que sería en nuestros días una de las más importantes sino del “modo de vida de Occidente”, porque si aún el alma misma está en discusión, y se alza contra la creencia tradicional de que el hombre sea un cuerpo con un alma la concepción unitaria de Wundt, entrevista ya desde Aristóteles, de que “lo físico y lo psíquico son aspectos de una misma serie de fenómenos”, mucho más sin sentido son esos tópicos del “alma hispánica” y el “alma cubana”, como si esas abstracciones pudieran desmenuzarse con fines sintéticos, y como si pudiera existir un “alma hispana”, en la que entrarían como ingredientes la de Teresa de Jesús con la de Isabel Segunda, la de Torquemada con la del Padre Las Casas, y la de Antonio Machado con la de José María Pemán, o un “alma cubana”, en la que habrían de mezclarse la de Miguel Coyula con la de Ramón Vasconcelos y la de don Tomás Estrada Palma con la de Fulgencio Batista.

Esta etapa de juegos florales la apuntilló don Fernando Ortiz cuando habló de “la llamada fiesta de la llamada raza”, pero estamos en otra que hay que superar también: la de “las dos Españas”, buena y mala, liberal y reaccionaria, izquierdista y derechista, roja y negra; porque sobre que no hay dos Españas sino una infinidad de aspectos de sus naciones y sus hombres, aún en la convencionalmente buena hay gentes tan viles e inútiles que las repudiamos con la misma energía con que nos batiremos hasta la muerte contra nuestros enemigos visibles del otro lado de las barricadas.

Y tampoco es aceptable la rebusca de gentilezas martianas hacia España y sus hijos, porque esa recopilación, que hecha por un Roig de Leuchsenring es admirable, y digna de la gratitud de todos los españoles, para cualquiera que lo sea, además de ser espigar un campo ya limpio, es riesgo de que se le atribuya deseo de usar a Martí en apoyo de una hospitalidad que no concedéis por orden suya sino por voluntad vuestra.

Vamos a afrontar el tema con más claridad y menos cortesía que, puesto que somos familia, sobran los cumplidos.

## **El tema**

No puedo tratarlo sino muy brevemente y por alusiones, pues debo referirme al articularlo a los muchos contactos de Martí con España, principalmente en cuatro aspectos:

1. la filiación,
2. el amor,
3. la amistad, y
4. la cultura,

siempre a base de su propio pensamiento, en la medida en que me sea dable captarlo, y sin olvidar el de España respecto a él.

## ***Hijo de españoles***

Lo de ser Martí hijo de españoles no es un mero contacto, sino la más profunda de sus raíces biológicas y psíquicas.

Los biógrafos han hecho conjeturas y recreaciones que van desde la concepción, autocalificada de cósmica de Rodríguez Embil, que los bendice “porque fueron sus padres”, y habla de su “simple e inconsciente grandeza” hasta apreciaciones peyorativas que, por gratuitas e infundadas, no se debe contribuir a propagar.

### **Don Mariano Martí**

Del padre hablaré antes porque es más urgente la reivindicación de una figura que desbocados improvisadores están insultando, como en una reciente escenificación de un conocido colegio

privado habanero que, con la agravante de televisión, presentó unos días a don Mariano Martí como una bestia furiosa.

De los biógrafos ha sido, sin duda, Luis Felipe Núñez Gallardo el que ha tratado la figura del padre de Martí con mayor respeto y ha entrado más decididamente por el camino correcto de reivindicarle plenamente de las gratuitas acusaciones de brutalidad.

No interesa mucho que fuera buen mozo, de lo que no hay duda, pues así lo describen todos, desde Carlos Márquez Sterling, que subraya su caballerosidad; hasta Isidro Méndez, que le celebra el “que huyera, por naturaleza, del afectado hacerse notar que caracteriza a los militares dominadores de los pueblos que subyugan”.

Gonzalo de Quesada nos lo presenta en el bautizo de Martí, “pensando con orgullo que el niño será fiel a la bandera rojigualda del regimiento de su padre”, bandera con menos amor de la milicia que el que el biógrafo supone, pues no hacía mucho que Narváez la había hecho obligatoria a los cuerpos montados, prohibiéndoles, no sin protestas, el uso de los viejos estandartes provinciales, de mayor arraigo porque siempre fueron más adictos los militares profesionales a marchar con banderas propias que bajo las de la patria.

Mañach, que se aventura a la silueta psicológica, la traza ecléctica: “ademán brusco y aire mandón, con brutal prontitud para el enojo” pero “sus blanduras de vez en cuando”, y “no sobrado de inteligencia”, mas “con ciertas cualidades primarias”.

Caben estudios más benévolos porque hasta en minucias cotidianas quedaron huellas de su bondad, y Martí habló de él muchas veces con cariño y admiración.

Era hombre ordenado que no ordenancista. “Mi padre —cuenta el Apóstol— al gato que pecaba le hundía la nariz en el pecado, y eso hago yo con los soberbios”. Limpia defensa de la pulcritud y la disciplina gatunas que no llegó a la crueldad de los que los prohíben o envenenan.

Hay un poema del Maestro que, en su segunda estrofa dice:

Mi padre era español: era su gloria  
los domingos, vestir sus hijos.

Pelear, bueno...  
No tienes que pelear, mejor.  
Aún por el derecho es un pecado verter sangre,  
y se ha de hallar, al fin, el modo de evitarlo.  
Pero si no, Santo sencillo de la barba blanca,  
ni a sangre inútil llama a tu hijo,  
ni servirá en su patria al extranjero.  
Mi padre era español: era su gloria,  
rendida la faena,  
ir conmigo, el domingo, de la mano...

Cuando don Mariano se puso enfermo Martí se angustió terriblemente: “Lo de mi padre, cada día peor, me tiene loco. ¡Ah, pobre viejo! ¡Y yo más pobre!”

Y cuando murió, le escribió a Fermín Valdés:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mi con él. Tú no sabes como llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y la hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesan y le premiara en los últimos años de su vida aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba.

Fue, en resumen, una relación normal la que hubo entre Martí y su padre aunque es lógico que en todo hogar de español que procrea en Cuba haya pequeñas fricciones porque aunque todos seamos unos hay matices que al padre a veces le hacen gracia pero otras le enojan por ver que, a causa del medio, su hijo es menos suyo o menos como él que lo que había soñado, extraño en ciertas modalidades a su propia tradición cultural, más extraño —quiere decirse— que lo que normalmente lo son los hijos de los padres, como miembros, al fin, de generaciones rivales, y si se une a ello un problema político el asunto es mucho más complicado.

Como se desarrollaron estas situaciones en el hogar de los Martí es campo abierto a la fantasía, y es el de la intimidad

martiana el tema en que se dispone de menos documentos, entre los que quizá los *Cuadernos de trabajo* sean los más importantes.

### Herencia y medio

A primera vista, la figura del Apóstol representaría un triunfo notable y precoz del medio social sobre la herencia y aún la familia. Martí arranca como cubano libre sin la menor preocupación por los intereses familiares, y a don Mariano no le irrita que su hijo sea rebelde, sino que sea poeta.

Las contradicciones con aquel padre, cuya reivindicación contra las faltas de respeto de la ignorancia que se queda en el primer capítulo la dejó escrita el propio Martí, fueron mínimas.

Fue en España donde Martí acuñó más fuertemente su perfil de insurrecto, y no es paradoja puesto que vivió entre españoles rebeldes que estaban de acuerdo con su actitud.

En el hogar no debió ser el drama muy grave. No era don Mariano muy cerrilmente militarista, pues se llevaba muy mal con sus superiores, ni muy colonialista porque de los problemas que tuvo ninguno fue en perjuicio de cubanos del pueblo, sino con criollas aristocratizantes.

Pero además, concretamente, en lo político Martí legó a la posteridad la figura de su padre, el español don Mariano Martí y Navarro como la de un amigo y defensor de los cubanos, declarando en 1894 que “fue más liberal que él mismo porque entre la injusticia de su patria y las víctimas de ella se puso al lado de éstas” y porque fue de los que “se despojaron un día de las insignias de su empleo para que sus hijos no se tuvieran que ver nunca frente a ellos”.

Se nos ocurre pensar que si Martí hubiera nacido en la India hijo de padres ingleses a buen seguro que no hubiera sido jamás un Gandhi, ni siquiera hubiera formado en sus filas, mas, sobre todo, no perdamos de vista el testimonio del Apóstol, que si siempre creemos en él no vamos a negarle veracidad al hablar de su propio padre, que si no fue más que un pobre sargento pobre murió sin atropellar a Cuba ni autoascenderse a la fuerza.

## La madre

A la madre —soñadora, sentimental y apasionada; una canaria a medio camino entre España y Cuba— es claro que la quiso como los hijos las quieren.

Dijo una vez, fríamente: “Todo hombre tiene dos madres: la naturaleza y las circunstancias”, pero exaltó el amor filial en muchas ocasiones: “No cree el hombre de veras en la muerte hasta que su madre no se le va de entre los brazos”. “La madre es el sostén de nuestra vida: algo nos guía y ampara mientras ella no muere, y cuando nos falta la tierra se abre bajo los pies”.

Pero aunque la quiso tanto la hizo sufrir mucho, y en este conflicto entre Martí y ella, habrá que estar con ella si hemos de seguir la lección del Apóstol.

Martí, que no bajó jamás su tono, que escribía igual sus cartas que sus libros, y a su madre lo mismo que a los demás, no supo hacer en su vida angustiada ni un solo anticlímax de distensión, y dramatizó su problema, y pregonó sin disimulo ante ella su vocación de mártir, tal vez porque entendía que esto entraba en la misión de sacrificio que se había impuesto. “Mi vida, que auguro ha de ser corta”, le escribe cuando tenía 16 años.

Hay un trágico idilio atravesado como por espadas por frases sobrecogedoras: “A otros puedo hablar de otras cosas. Con Ud. se me escapa el alma”. “Mi pluma corre de mi verdad. O digo lo que está en mí o no digo nada”. “Luego, este hablar de mí mismo, tan feo y tan enojoso”. “Muerde, muerde mi pena. No me la puedo arrancar del costado”. Hasta llegar a escribirle con crudeza inaudita, con angustia de desconsolado que busca el único consuelo, como con la frente reclinada en su regazo lejano, la pregunta de Pasión de su última carta, carta como del Huerto de los Olivos, en que hablándole de su “creciente y necesaria agonía” y de como “siempre lo acompaña su recuerdo” le dice, con palabras como las que Cristo pronunció en la cruz: “¿Por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?”. Luego se justifica ante ella: “A usted le duele en la cólera de su amor el sacrificio de mi vida, pero el deber de un hombre está allí donde es más útil”. Le pide su bendición y le hace una última caricia: “No padezca...”

Rodríguez Embil, que bendijo a los padres por serlo y los comparó a José y María, hubiera podido reservar esa culminación apasionada para este momento final en que, frente al Martí que sabe que va a morir, que va a ir, casi inerme, a darle el pecho al enemigo, su madre se nos aparece como la Dolorosa de un Vía Crucis que culmina con el galope transfigurado de Dos Ríos.

### ***El amor y la amistad***

El segundo contacto de Martí con España es a través del amor y de la amistad, que no pueden tratarse separadamente porque se entretajan, pese a cuanto se diga, y el trato entre hombres y mujeres abunda en amores amistosos y amistades amorosas que no son sino complejas manifestaciones de la libido, y no hay contraposición entre ellas sino de ambos con lo tanático, que alcanzó en Martí una importancia considerable y permanente, como ha ocurrido muchas veces en personalidades geniales.

Martí tomó la defensa de la amistad y la hizo muchas veces: “El mundo es fuerte y bello por los amigos”.

Y puede afirmarse que en ambos aspectos —amistad y amor— su mejor etapa, aquello en que vivió una vida más placida y normal, de hombre corriente y no de iluminado presto al martirio, transcurrió en Zaragoza, en mi Aragón natal, prestigiado por su elogio más rotundo.

#### **Martí en Zaragoza**

Lamento amargamente no haber investigado la vida de Martí en mi ciudad cuando pude hacerlo. Fue culpa de mis amigos cubanos de entonces: del tribuno y embajador García Kohly, del poeta y primer secretario Pichardo, del segundo secretario el erudito Chacón, buscador de caminos desconocidos y de cartas censorias de la Conquista. No me hablaron de Martí nunca, a pesar de lo sincero de nuestra amistad y de lo largo de nuestra convivencia.

La fama de Cuba en el mundo la han esparcido sus músicos, sus escultores, sus pintores, sus poetas y sus bailarinas. Los oficialmente obligados a propagarla se han dedicado más bien a cimentar sus pequeños prestigios personales, y —extraño caso— ni aún para ello han utilizado a Martí, que no tiene aún

monumentos en España porque como todos estos diplomáticos tiran más bien a reaccionarios no se apresuran por estatuas del Apóstol, y menos mal que no han instalado la de Machado, aunque no ha sido por falta de tentativas.

Ahora, el afrontar, falto de estudio, el tema de Martí en Zaragoza no voy a caer en el despeñadero lírico de los tópicos.

Sé que los nobles de Aragón, que les decían a los Reyes, al tomarles juramento: “Nos, que somos tanto como vos, y juntos más que Vos”, y que han servido para que se diga que la democracia aragonesa fue la única que existió en la Edad Media, no eran tales demócratas sino buenos latifundistas que se monarquizaron a la fuerza para no exterminarse mutuamente en excesos de feudalismo.

Sé, porque me lo dijo mi padre, don Pascual Galbe, Archivero de la Diputación de Zaragoza, que fue un paleógrafo al que consultaban Jiménez Soler, Moneva Puyol y Serrano Sanz, que “el Justicia de Aragón, Don Juan de Lanuza, se enteró de que tenía cabeza cuando se la cortaron”.

Y sé que la Jota, nuestro máximo producto de exportación, puede interpretarse, con Baroja, como “un canto de extremada violencia en que un hombre, gritando cuanto puede, compara brutalmente su hombría con la de cualquier otro competidor en la lucha por la existencia”.

Conozco todo esto y puedo imaginar la vida zaragozana de Martí, y sus relaciones con la bella rubia Blanca de Montalvo, que casó después con un catedrático de medicina, y con las “Páticas Verdes”, a las que se pinta como una especie de modistillas madrileñas, casi “midinettes” parisienses, y que probablemente no tuvieron nada de eso, sino una actitud maternal y protectora hacia el exilado pobre y triste, romántico y rebelde, aunque ya sabemos, cuando hay juventud por medio, en qué paran estas actitudes.

Los historiadores escriben sesudamente pero a veces los mejora cualquiera que sepa del caso no más que lo que pueda saber por haber vivido en el lugar del suceso. Zaragoza, con máximas de 45 grados centígrados y mínimas de 15 bajo cero, combina con las delicias del Sahara y de la Siberia la niebla de

los cuatro cursos de agua que la hacen isla —Ebro, Gállego, Huerva, y el Canal Imperial, de añadidura— y un cierto vientecillo asesino del Moncayo, famoso entre los cierzos, del que decía en San Petersburgo el ayuda de cámara de un ministro aragonés acreditado ante los Zares aunque desacreditado en su tierra: “Señor Marqués: sopla un Moncayo que aja el pellejo!”. Esto se convierte en las historias en una frase que dice: “Martí se quedó en Zaragoza por ser lugar saludable”. Y al cabo puede que tengan razón, que tengo para mí que a mi duro entrenamiento natural de zaragozano debo mi supervivencia de los campos de concentración de Francia, donde dormíamos en fosas de cementerio, para que nos pasara por encima “el Moncayo”, y para tener preparada cada uno la suya, sabia precaución porque, de los 90 000 que éramos, 28 mil las usaron en el primer año de hospitalidad sin hospitalización.

Tampoco se quedó Martí en Zaragoza para acogerse a una universidad “tan ilustre cuanto benévola”, como dice de la Cesaraugustana Mañach que aunque informado respecto al clima, al que —suavizando diplomáticamente— califica de “destemplado y mudable”, no está en lo cierto al graduar a la Universidad aragonesa, y le pido, respetuosamente que le suba el respeto, como ya se lo va subiendo a otras, que siendo Martí un genio no hay por qué atribuir a benevolencia el que aprobase de una vez unas cuantas asignaturas por un orden anómalo de concesión extraordinaria.

Lo que ocurrió fue que el rebelde cayó bien en una ciudad que también lo era, y le dio ocasión a comprobarlo *de visu* escenificando una sangrienta contienda civil de zaragozanos contra la tiranía, batalla de horas y de muchos muertos, de la que volvió herido a la fonda de la calle de la Manifestación el negro Simón, un deportado cubano, víctima de Lersundi, acusado de ñañiguismo, limpiabotas y sirviente, que fue con los aragoneses a las barricadas y salió de ellas descalabrado.

Se quedó Martí en Zaragoza —que se parece mucho a esta nuestra Santiago de Cuba en lo de tener condiciones naturales de metrópoli y, sin serlo oficialmente, rango espiritual de capital— por la cordialidad de las gentes, y porque —*ubi bene ibi patria*— uno se queda donde le hacen grata la vida aunque no llevara pensado hacerlo.

Me imagino con deleite a Martí en Zaragoza, mi tierra, rodeado de muchachas alegres, francas hasta la rudeza, agresivas hasta el descaro, festejadoras y bien vestidas, “flirteando” en pleno siglo XIX con ellas y en algo más profundo con alguna, en los antepalcos de terciopelo rojo del suntuoso Teatro Principal, con unos duros, aunque pocos, en el bolsillo y pase a todas partes, rumboso y atractivo en su aureola heroica, notorio como periodista de punta en el *Diario de Avisos*, y recibida de los talentos locales, tan hostiles al petulante madrileño, una plena consagración de forastero de valía.

No es útil sino para acentuar perfiles insistir en un cuadro que tan magistralmente han trazado Mañach y Emilio Roig. Con la propia proclamación de Martí ha de hacerse este resumen de lo que le proporcionó España en orden a esos elementos básicos de la existencia humana que son el amor y la amistad.

Claro que si Martí no hubiera sido tan universal

—Yo vengo de todas partes  
y hacia todas partes voy;  
arte soy entre las artes  
y en los montes, monte soy—,

ni él lo hubiera conquistado tanto, ni Aragón se le hubiera entregado como lo hizo, porque ese don recíproco de la comprensión entre lo local y el recién llegado exige en este una actitud universalista sin pequeñas nostalgias, ni crítica de comparaciones odiosas, ni resentimiento contra los manejos de la vida, pero queda claro que España le dio a Martí —o Aragón en su nombre— todo lo mejor que pudo ofrecerle, y él, que era agradecido, como bien nacido, lo dijo mejor que nadie:

Para Aragón, en España,  
un lugar, todo Aragón:  
franco, fiero, fiel, sin saña.  
Si quiere un tonto saber  
por qué lo tengo, le digo  
que allí tuve un buen amigo,  
que allí quise a una mujer,

acabando con una expresión que es el grito más alto de alegría vital que se halla tal vez en toda su obra:

Amo la tierra florida  
musulmana o española  
donde rompió su corola  
la poca flor de mi vida.

(Entre paréntesis; esta expresión “musulmana o española” merece un esclarecimiento, y hasta un ensayo. Martí, probablemente, no quiso subrayar con ella su espíritu universal. Se refería, sin duda, al estrato árabe que hay en Zaragoza, que si fue César Augusta fue luego Zahara Kusta, y los aragoneses tienen más de moros que lo que la gente cree.

García Arista, el historiador pintoresco, que bien pudo decir “Ha habido tres sordos geniales: Goya, Beethoven y un servidor de ustedes”, sostuvo que la Jota la creó Aben Jot, y en Aragón subsiste el clan de los Galbe, la casta del moro Galbe, con B alta, que se batió en Albarracín con don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, y dio nombre, además de a un pueblo de Teruel, a todos los Gálvez con V pequeña y Z, aunque crean ellos que descienden de caballeros castellanos).

Volviendo al tema, y para acabarlo. Martí en España no se sintió desterrado nunca. Eso le ocurrió en el Norte, donde escribió aquello de que “No hay tristeza como la muerte en el destierro, cuando la casa sin raíces parece asolada por viento enemigo, y los retratos de otros tiempos dichosos miran como extraños desde la pared”.

Martí tuvo en España una actitud de hombre comprendido, que siente que su vida no se frustra, que se rehace y sigue hacia su propia meta, y lo expresó con su excelso poderío poético pero era el mismo sentimiento elemental con que otro exilado cualquiera, con menos calidad, puede expresar su gratitud, exenta de lisonja, y decir, por ejemplo, como he dicho yo al final de mi “Son de Santiago”:

Santiago: en ti, por fin  
volví a encontrar mi ruta.  
Y cuando me preguntan

por mi vida en la tuya  
digo: Soy de Santiago,  
de Santiago de Cuba.

Y visto lo que le dio España a Martí en raíz familiar, amigos y amores, pasemos a la entrega cultural española a este gran genio americano.

### ***La cultura de Martí***

De que fue española la cultura de Martí no hay duda, aunque fue hombre de varias, y la francesa fue muy gustada y asimilada por él.

Los biógrafos han tratado también el tema y poco puede añadirse a lo dicho por ellos, sobre todo por Marinello en su estudio sobre “La españolidad literaria de Martí”.

Sin embargo no fue España la que le acostumbró a escribir tan bien como lo hizo, sino Mendive, maestro de maestros, contra cuyo regaño ocasional reaccionó el Apóstol con más violencia y dolor que los que sintió al rechazar las supuestas rudezas de su padre.

Lo gracianesco, lo quevedesco, lo teresiano, Cervantes, Saavedra Fajardo, Fígaro, Bécquer, todo ha sido debidamente acotado, coincidencias y paradojas, pero no olvidemos a don Rafael, porque cuando el maestro de primeras letras es bueno —y Mendive fue excelso— nadie como él puede arar la mente y la conciencia del hombre y, por eso, así como no hay título más alto que el de maestro, no hay responsabilidad mayor ni culpa más sin perdón que la de serlo de mal modo, sin vocación ni competencia, que el buen maestro es la figura cumbre del conglomerado social pero el malo es la más siniestra, y si el bueno vive y muere en olor de santidad al falso, al que en definitiva no es maestro, más le valiera no haber nacido porque con cien vidas no pagaría el mal que hace y el desastre al que contribuye.

#### **Martí escritor**

No puedo cantar, por falta de tiempo, como sería mi gusto, a Martí escritor: las excelencias de su severidad siempre espléndida, el torrente de su verbo, el brillo relampagueante de sus metáforas, su afán artístico, que le llevó a inventar la coma corta

para musicalizar el período y, sobre todo, la decisión con que emprendió, adelantándose a su tiempo, la empresa de escribir en lenguaje directo para “que se ponga la idea en forma que vibre y luzca, y se quede en la mente como el cuchillo que va de lejos a clavarse en el blanco”, huyendo de “la erudición de segunda mano que es la impedimenta de los pueblos”, y de todo lenguaje rebuscado y artificioso —peste en España del 20 al 30— en que el escritor, con barroquismo petulante de lujos pirotécnicos, hace orfebrería ideológica a lo Cellini, y en vez de lanzar cuchillos usa finísimos buriles porque cultiva, en torre de marfil, no el aleccionamiento ajeno, sino el lucimiento propio.

Martí, al borde siempre de ese peligro, jamás cayó en él, y está bien proclamarlo también libertador del lenguaje.

### España y Europa

La cultura de Martí es básicamente española, pero es más importante que sea España, la parte progresiva y revolucionaria de que se rodea en Madrid y Zaragoza, la que le transmite el impulso europeo de la revolución.

El tema “Martí y España” incluye el de “Martí y Europa” porque España, pese a sus enemigos, que dijeron que África empezaba en ella (que América empieza en ella hubiera sido más justo) es también Europa, y Martí se nutre de las revoluciones europeas del 48 y lo alientan figuras de un sobrecogedor paralelismo con la suya, como la de Alejandro Petoefi, al que podemos llamar el Martí de Hungría.

### El destino de España

El español vuelto hacia América es solo un tipo entre otros. Los hubo también vueltos hacia el Mediterráneo y hacia Europa.

Dijo en cierta ocasión el autor de estas notas, cantando a Cataluña:

Tus marinos, si fueron de aventura  
iban al riesgo sin ensoñaciones,  
con cálculo, con lógica y mesura,  
siempre eligiendo las tripulaciones.  
Pero fueron también empresas grandes  
—en remo y velas, en ballestas y arcos—.

No llegaste a volar sobre los Andes  
porque Oriente llamó siempre a tus barcos.  
Tú no pusiste proa a un nuevo mundo  
por un impulso loco y adivino.  
Tú te volviste siempre a lo profundo  
del viejo corazón del Mar Latino  
y lo supiste hallar: dicen las famas  
que llegaste a su mismo corazón,  
y que el pez de ese mar en sus escamas  
llevó impresas las barras de Aragón.

Cierto que ningún español reniega de la gloria del descubrimiento, y aunque hay una subconsciencia del error de no haber ido por el verdadero camino, que hasta Colón se equivocó al buscarlo, aún los aragoneses y catalanes, que miraron siempre hacia Oriente, se revuelven furiosos contra quien suponga que maldigan la empresa americana de España o les regatee su parte en ella.

También del autor de este trabajo fue una copla baturra que se lanzó en un torneo madrileño como bomba anticentralista:

Colón halló el Nuevo Mundo  
por Castilla y por León...  
con barcos de Andalucía  
y dineros de Aragón,

porque fue Santángel el que impidió que Isabel tuviera que empeñar sus joyas, cosa que hubiera hecho, convencida como estaba de que era negocio salvar las almas y coger algún galeón que otro de oro o de lo que hubiere lugar.

No renegamos de nuestras complicaciones americanas los españoles. Lo hicieron los del 98 cuando estaban ya verdes las uvas coloniales.

Hasta protestamos, con reprimida violencia, para que no se piense que son resabios de hispanidad envidiosa, de la osadía con que los del Norte se han cogido para ellos lo de “americanos”, y de la dejadez con que el resto del continente se lo permite, pero tampoco dejamos de sentirnos “europeos con honra”

y debemos subrayar en Martí la resonancia de las revoluciones de Europa y, sobre todo, de las que estallaron contra los Habsburgos.

### Las revoluciones europeas

El ejemplo del francés había animado a otros pueblos a los que el imperialismo prohibía hablar sus propias lenguas y dificultaba sus propias costumbres. Y mientras los grandes hablaban alemán por adulación cuando no latín por prudencia —lo mismo que había en Cuba “guerrilleros” y autonomistas— Petoeffi escribió en húngaro su drama *Marat*, y frente a su compañero Jokai, que era girondino —precaución y cautela— lanzaba anatemas acerados, dignos del ideario de Martí: “Convence a una hiena de que te tiene que dar la mitad de su comida”.

Vencidas esas revoluciones, su resaca heroica se exiló a América. Roloff peleó en Cuba. Pragay pereció en el desembarco de Narciso López. Eran las mismas gentes que en 1936 formaron en España la Brigada Internacional, con nosotros, que estamos también dispuestos a pelear contra cualquier dictadura.

Los versos de Petoeffi eran publicados en los Estados Unidos por los emigrados, y hubo mambises de la manigua que en las claras noches de luna, en el silencio del acecho mortal, los cantaban adaptados a la situación de la Patria.

El mismo sentimiento de mártir que hubo en Martí ha existido en otros hombres de otras naciones, y el paralelismo entre sus vidas obliga a la cita concreta.

Dijo Petoeffi:

Sólo hay un pensamiento que me aflija:  
el de morir sobre mi triste lecho  
o marchitarme lentamente, como  
la fresca rosa que el gusano roe.  
¡No me des esa muerte, Dios piadoso!  
¡Yo quiero sucumbir como la encina  
que el rayo hiere o el ciclón desgarrar!”

Y dijo Martí:

No me pongan en lo oscuro  
a morir como un traidor.

Yo soy bueno, y como bueno  
moriré de cara al sol!

Era una actitud romántica, pero como dijo Marinello, hablando de otra cosa, “no de romanticismo de escuela literaria sino en la línea de la conducta”.

Petoeffi tampoco era soldado, sino símbolo de Hungría libre. Mas cuando, en la víspera del encuentro fatal, le dijeron que no fuera a él les respondió soberbiamente: “Menos que los soldados deben retirarse los símbolos en las batallas, aunque sean perdidas”. “¿Creeis que cuando juré morir antes que volver a la esclavitud era sólo literatura?” “No. Petoeffi no faltara a su cita!”. Se arrancó de los brazos de su mujer, que le suplicaba de rodillas, llorando, montó a caballo, y fue en busca de la muerte.

Ni lo encontraron. Se pulverizó en la carga brutal de la caballería cosaca. El cuerpo de Martí se salvó. Son azares de la historia. Pero todos ellos quedan unidos en una simbólica tumba inexistente, que tendría digno epitafio con los últimos versos del húngaro:

¡Que mis huesos dispersos no recojan  
sino el gran día, a los acordes lentos  
de marcha funeral, bajo los pliegues  
de las banderas de crespón orladas,  
cuando en fosa común unidos duermen  
todos los muertos que por ti lucharon  
oh santa y bella libertad del mundo!

Y de todos ellos habla Martí en su obra: de Roloff, de Pray, de Petoeffi, de las revoluciones del 48, del dinero que los esclavófilos le dieron a Taz, y de cómo la aristocracia rusa gastaba todas sus armas en el pecho de los nihilistas.

No. No fue la cultura española, ni siquiera la de los españoles dignos, sino la cultura de los hombres libres de todas partes lo que Martí llevaba en la masa de la sangre y en la médula de los huesos.

Y es universalizarlo más decir que no fue una flor milagrosa de Cuba, y ver de qué Universo le llegó su fuerza titánica.

Queda el último y más importante asunto: lo español en el pensamiento de Martí y el pensamiento español respecto a él.

## **El pensamiento de Martí**

La expresión de Martí sobre España no fue unitaria. Espera y desespera, ama y odia, halaga e increpa.

Ve dos Españas, no frente a frente sino una dentro de la otra, y ni siquiera se pone junto a la “buena”. Se podrá pretender eso acumulando cortes transversales de su vida y su obra, aprovechando determinados relámpagos de su genio y silenciando otros truenos terribles, pero en la línea total no solo frente a diferentes aspectos y sectores de España, sino frente al difícil concepto total —España— su sentimiento y su actitud son cambiantes, y es que tal vez no ve a las patrias como madres sino, mucho más certeramente como mujeres, que se pueden amar y odiar a la vez, y que tampoco se excluyen unas a otras.

Vayamos por partes. Los españoles primero, por ser el asunto más claro. España, después.

### ***Martí y los españoles***

En primer lugar, es claro que el Apóstol rindió tributo expreso a los que ayudaron directamente a la independencia de Cuba, peleando y muriendo por ella, hasta ahorcados, como Pintó, predicando la buena doctrina, cotizando para la causa.

Estos estuvieron presentes en la lucha en proporción mayor que la que se supone y que algún día se puntualizará debidamente.

Cuando Martí desembarca, entre los primeros 50 hombres que le presenta el General Gómez —Martí lo hace constar porque sabe la importancia que tiene— hay un asturiano y un vizcaíno, y el asistente de la cocina también es español.

Anda aún —y viva mucho tiempo— por Palma Soriano un viejo venerable, que cierto día en que tuvo un incidente en una farmacia, porque quisieron abusar con una medicina, como lo discutió agriamente y el mancebo, irrespetuoso, le llamó “gallego” con tonillo despectivo, volvió por sus fueros con su medalla y su machete de veterano.

Y cuando en 1940 sentí por primera vez la emoción de la Loma de San Juan, como vi a un hombre ya muy maduro arriar la bandera cubana, y me dijo que era su misión cotidiana, celebré su feliz empleo de viejo mambí y me contestó, sonriente: “Bueno... mambí, si fui... pero yo soy de La Coruña!”.

De esto hubo mucho, pero no es, en este trabajo lo que me interesa recopilar.

Importa más subrayar la hondura con que caló el Maestro en la filosofía de la historia; por ejemplo: su gran visión de psico-sociólogo con que explica el bárbaro fusilamiento de los estudiantes del 71 como una revuelta subconsciente de tenderos y “sobrines” esclavizados contra los muchachos brillantes de la sociedad habanera.

Esto de que sean reaccionarios, o de que tomen actitudes de serlo, gentes de las que ganan el pan con el sudor de su frente es más frecuente de lo que sería lógico. Hemos conocido fascistas furiosos en la burocracia más maltratada y entre los más vejados aprendices de comercio. Les hemos increpado: “¡Que sea fascista el Duque de Veragua se explica, pero vosotros!”. Es que la conciencia de clase es muy escasa, y para retrasarla más se la combate con la doctrina del “chance”.

El caso es que Martí escribió, hablando del tremendo episodio, estas palabras geniales:

Hay odios, como el del 27 de noviembre, que suben babeantes del vientre del hombre... Allí estaban los barbilindos, los felices, los señoritos que vivían sin trabajar, mientras ellos barrían la tienda y servían en el mostrador. Estos amos, sean criados nuestros una vez al menos.

Si fue así, la cosa toma un aspecto de guerra de clases entre señoritos y menestrales, aunque esté atrozmente desviada por las contradicciones social-políticas, y se desdibuja el problema entre cubanos y españoles.

Nadie ha vuelto sobre esta tesis. Nadie se hubiera atrevido a plantearla. Pero fue Martí el que lo hizo.

Y es que Martí trató muchas veces las cosas de España como un español más, como cuando condena, con intuición profunda, “la España de Lavapiés y cafetín”, cuyo desgarró chulo

tanto enoja al español no madrileño y aún a muchos que lo son. Por eso, cuanto habló de los españoles —para bien y para mal— los españoles casi siempre lo suscribimos.

## ***El pensamiento definitivo***

Respecto a los de Cuba, que fue de los que más habló, su pensamiento definitivo quedó formulado en marzo de 1894 en su artículo “La Revolución”, última de sus referencias al tema.

Acababa de publicar Jules Clavé, en *Le Monde Illustré* de París, un trabajo en que decía que el único obstáculo que existía ya en Cuba contra la satisfacción del unánime deseo de independencia era el miedo de los españoles a ser maltratados por los cubanos después de la liberación.

Se daba a entender —y esto es importante— que ya los españoles no se oponían a la independencia cubana, sino la temían y la retrasaban por espíritu de conservación. Y escribió Martí, resumiendo el asunto:

¿Haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convoca a todo un pueblo, y negaremos al día siguiente del triunfo los derechos por los que hemos batallado? Los goces ilegítimos sí se irán: el juez venal, el empleado ladrón, el periodista de alquiler, el que, a favor del soborno, priva de pan y sosiego al criollo, el que fomenta el vicio por la cuota que percibe de él, el español de Lavapiés y café-tín, que nos tiene hecha una náusea la ciudad (este es el español que grita aún hoy en La Habana: ¡Queremos toros!). Ese, tema. Ni tiene que temer. Se le acabará el oficio y se irá sólo. Se irá el arriero y detrás el arria. Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tierra, los que no le ven al hijo cubano más vía de fortuna que la herencia corruptora o la sumisión al deshonor, de los que aman en sus hijos, con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las América ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles traba-

jadores, los españoles rebeldes, esos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente sino para el descanso de su persona y para la conquista de la justicia.

Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos que de los norteamericanos arrolladores y rapaces, de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa fácil de los pueblos débiles la codicia y mala distribución de la riqueza que vienen de su reparto desigual de la tierra propia. Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos; lo que deben fiar para resolver los problemas de la libertad ajena, en quien no sabe resolver los propios; lo que deben cubanos y españoles temer —con sus elementos de libertad impaciente— de un pueblo que con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía, no lo digamos cubanos porque se tendría a pasión: dígalo Stead, liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: Más fácil es —acaba de decir Stead— convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia. No. Con todo el hervor posible y natural de la República en Cuba el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y el desdén de los norteamericanos.

Este fue el pensamiento definitivo de Martí vigente y profético, cuando aún Cuba no era libre, cuando el español era aún el opresor y el yanqui el aliado, sobre el triángulo trágico de los grupos protagonistas de la guerra de liberación.

## ***Martí y la conquista***

En cuanto a la España total, a la entidad política histórica, hay en primer lugar en Martí un justísimo y tremendo ataque también total a la empresa imperial de la Conquista y la Colonia, que tiene enorme importancia americana, aunque, como la cantera martiana es ingente, dedicados a extraer de ella durante medio siglo lecciones de utilidad nacional, los cubanos no han puesto aún plenamente en valor las páginas colosales de “Nuestra América” en las que el pensamiento de Martí logró los vuelos más altos.

Su cuadro de la Conquista es una página verdaderamente imponente:

Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del Rey y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad y lo pone preso. Por entre las divisiones y celos de los indios adelantan. Las mujeres las roban. Lo que come el encomendero el indio lo trabaja; como flores sin aroma caen muertos y con los que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del Rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes. Los cabildos que hacían los firmaban con el hierro de herrar las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persiguen al entrar en el cabildo y que al indio que eche el caballo a galopar le den 25 azotes. Los hijos que nacen aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. Quimeras despreciables les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las

calles es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón, o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor, o para ir a la quema del portugués. El glorioso criollo cae, bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza. Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia.

Los españoles imperialistas niegan airados este cuadro atroz y zarandean al Padre Las Casas. Otros, sobrecogidos, lo suscriben y renuncian a explicarlo. Hacen mal. Vamos a intentarlo. Pero antes hay que ver lo que dice Martí de otro momento español en que su acusación es más dolorosa y al que hay que aportar más explicaciones.

### ***Martí y la Primera República Española***

Martí, que ama indudablemente a España, a veces la insulta con dureza: “España o la villanía”, “La cultura que hemos obtenido a pesar de ella”, “Madre filicida”. Otras veces lo considera todo como una fatalidad histórica: “Sería delincuente provocar o fomentar una guerra en Cuba si hubiera el menor acomodo posible entre los intereses opuestos, las necesidades hostiles de España y de la Isla”.

Sus primeras voces son ya apocalípticas, con imágenes miguelangelescas.

Dante no estuvo en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado y las hubiera pintado mejor. Si existiera el Dios providente y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro y con la otra hubiera hecho rodar al abismo aquella negación de Dios.

Es muy joven pero no importa. Como está desde el principio en la zona de lo Apostólico, más: de lo mesiánico, ahora sus palabras globales suenan ungidas de verdad, y lo mismo si las dijo a los 18 que a los 38 años.

En el 71, desde Madrid, usando la Imprenta de Ramón Ramírez, increpa a los culpables del presidio de Cuba:

La razón se resiste a creer lo que habéis hecho, lo que hacéis aún. O sois bárbaros o no sabéis lo que hacéis.

Dejadme pensar que no lo sabéis aún; dejadme pensar que en esta tierra hay honra todavía, que aquí puede volver por ella esta España de acá tan injusta, tan indiferente, tan semejante ya a la España repelente y desbordada de más allá del mar.

Vemos que Martí, que en la “España peninsular” no dejó de decir nunca lo que creyó necesario, no sentía aún la dualidad de las patrias: “Esta España de acá”, “La España de allá”.

Más tarde su voz de profeta habla de una España vestida de harapos que extiende las manos para cubrirse con ellos, y grita: “¡Desnudadla! ¡Desnudadla en nombre del honor! ¡Desnudadla en nombre de la compasión y de la justicia! ¡Arrancadle sus jirones aunque le hagáis daño si no queréis que la miseria de los vestidos le llegue al corazón y los gusanos se lo roan!”. Está anticipando la posición de los españoles de la Generación del 98.

Por fin, al proclamarse la Primera República Española, en el mismo instante en que la saluda, la conmina a que cumpla con su deber de liberarse liberando.

Era lo que le imponía su misión, y él hizo y dijo muchas veces cosas que por su misión le eran impuestas.

Cuando predicó la guerra sin odio, no podemos creerlo porque sin odio, ¿para qué guerra? Había causas de odio: ahorcados, fusilados, vandalismo. Y sin embargo él contenía el odio para que no se desbordase. Lo mismo hicimos los republicanos españoles del 36. Ahora sabemos que nos equivocamos porque las revoluciones hay que hacerlas mediante las hecatombes estrictamente necesarias, y ahorrar a destiempo las vidas de los enemigos es condenar a muerte a muchos de los nuestros. Pero Martí tenía que predicar la guerra sin odio, como tenía que pedirle a gritos a la naciente república española, a sabiendas de que era imposible, la fulminante liberación de Cuba.

El desencanto de Martí, al ver que no se hizo, no debió ser muy grande porque ya en sus propias frases admonitorias parece como si lo tuviera previsto.

Sin embargo, algunos de sus comentaristas lo han subrayado muy fuertemente. Roig dice que

[...] al asistir Martí en la Península al malogrado experimento de la República comprueba con el examen directo de la actitud y conducta adoptadas por los personajes que por su filiación republicana debían encarnar el verdadero espíritu liberal y progresista de España que aquel cambio político y gubernamental no benefició en lo más mínimo a Cuba porque sus dirigentes padecían la misma ceguera, intransigencia e incompreensión que los monárquicos en todo cuanto se relacionase con el gobierno y administración de esta isla.

Empresa imposible sería justificar lo injustificable. No lo es la de explicar a España en Cuba en función de Martí; pero no a una España “buena” ni “mala” sino al complejo, a la encrucijada humana e histórica de lo español.

## La explicación de España

La historia va, y cada día más, muy deprisa. Desde el momento en que se producen el Renacimiento, los grandes inventos y el Descubrimiento, es ya historia moderna. Hay que retroceder por lo menos cinco siglos para entender lo que pasó en el XIX.

España fue la cuna del capitalismo. (No es extraño que Wall Street la arriende para que sea en Europa su último baluarte).

La agricultura había progresado con el regadío de los árabes. La Reconquista origina los latifundios y el “señorito” andaluz es el último heredero del Cid.

Siglos antes de que naciera el comercio moderno los Usatges garantizaban, desde 1068, el libre acceso y protección de las naves que llegaban a Barcelona. En el siglo XI se hacía papel en Ceuta y en el XII en Játiva y Alcoy, cientos de años antes de que los impresores aragoneses y valencianos pudieran tutear a su coetáneo Gutenberg. Desde el siglo XIII Cataluña exportaba tejidos a los Países Bajos, Inglaterra y las ciudades italianas. El primer banco con garantía de la ciudad se había creado en 1400, y mientras en el resto de Europa predominaban formas de producción gremial en España había ya manufacturas industriales. Este poderoso arranque de gérmenes propicios al progreso sirvió solo para que desde entonces

la historia de España haya sido la de una represión tan bárbara y poderosa que la mantiene aún divorciada de la historia misma.

Había en todas partes al acabar la Edad Media reyes, nobles y burguesía, y el eterno complot internacional de los poderosos para detener la marcha de la humanidad hacia su meta.

En Francia la Monarquía se apoyó en el Estado Llano para someter a los Nobles, pero cuando el Estado Llano tomó vuelo pidió auxilio a los restos de la aristocracia aunque cayó en el juego peligroso porque el Estado Llano arrolló todos los obstáculos, exterminó a los Nobles y consolidó la Revolución.

### España durante la conquista

En España es completamente distinto. Carlos I de España y V de Alemania vence a los Comuneros (que son una fuerza burguesa y municipal, con incrustaciones de nobles y señores arruinados) con la ayuda de los Grandes de la Corte y esa alianza es desde entonces indestructible. Los aristócratas españoles logran desde Villalar y para siempre garantía absoluta contra toda reforma agraria, y además el Rey y los Nobles se alían, también para siempre, con la Iglesia Católica a la que ayudan a pelear contra el Protestantismo en Alemania, Inglaterra y Países Bajos, no haciéndolo en la propia España porque la Reforma, inteligentemente, ni plantea la lucha en la Península, convencida de que allí nada puede hacer.

Pelean y son arrasados judíos y moriscos en varias guerras civiles espantosas, y toda Andalucía, la séptima parte del territorio, con un millón de habitantes entonces, es entregada a los señores de horca y cuchillo.

Al problema social y político se le da matiz religioso, los que intentan resistir son llamados “herejes” y ese monarquismo no es que se disfrace de catolicismo, sino que encuentra en su rigidez dogmática la más perfecta forma de expresión, y en la Inquisición un órgano represivo integral, que dura hasta 1834, es decir 45 años después de la Revolución Francesa.

Para sostener mejor todo esto se crea un ejército de mercenarios que no lo son por entonces al modo ambicioso de los “condottieros” sino a la manera humilde de los lacayos con espada.

Y se puede decir que jamás Estado alguno ha manejado un instrumento terrorista tan maquiavélico.

Esto es lo que ocurre en España mientras en la América Española se cometen los horrores del apoderamiento y la organización.

No. No estaban tampoco “en un lecho de rosas” los españoles de España durante la conquista y la colonización.

Los de América eran los que estaban bien. Martí los cita —“soldadesca sobrante”, “alféreces rebeldes”, “licenciados y clérigos hambrones”— dándole así al desorden y al abuso una explicación que es válida para hasta el día mismo de la liberación de Cuba, porque siempre persistió, según él, “el alma inmutable de la conquista española”, aunque reconoció la parte que tuvo en la independencia “la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado”.

### España durante la liberación

Contra aquel Estado, distinto de los otros absolutismos europeos, conglomerado de naciones manejadas a la turca por virreyes sin más acuerdo que el de sostener los intereses con-fabulados, estalla un descontento que no es periférico, porque si bien se alzan en Flandes se sublevan también en Portugal y Cataluña, y son los “segadors” antecesores directos de los mambises.

La liberación de América del Sur tampoco se parece en nada a la del Norte. La España imperial había impuesto en América su estructura feudal: caciquismo e Inquisición. Toda colonización es un robo, pero el de los ingleses sirvió para aumentar las fuerzas productivas del país, estimuló el trabajo, aceleró la capitalización, y la independencia norteamericana fue una revolución burguesa y democrática más.

En América española no había, ni hay aún, capital ni industria. Las riquezas robadas salían de la circulación, se doraban iglesias y acaparaban joyas los monarcas, y España con lo que robaba en América compraba en Europa los productos manufacturados que sus señores no sabían, ni querían, ni permitían producir pues para impedirlo y cortar de raíz todo germen de progreso habían ya estrangulado al precoz industrialismo peninsular.

Había en 1813, según Madoz, unos seis millones y medio de españoles productivos, tres millones y medio improductivos, millón y medio de nobles o gentes con pujos de serlo, y un cuarto de millón de clérigos. Los hidalgos, antes ladrones armados, se estaban convirtiendo en señoritos ociosos. Y España cayó en el desastre porque aunque para América seguía siendo la poderosa metrópoli, y sonaba estruendosa la música imperial, en el cuadro del mundo empezaba a ser, a su vez, un país miserable que empezaban a colonizar los capitalistas extranjeros.

### El siglo XIX

En el siglo XIX la situación se hace desesperada. No hay aún clase obrera y los señores feudales, reservándose las rentas, delegan, para mayor comodidad, sus poderes y, aunque siguen siendo criados, actúan ya como mayores en la administración de la finca los caudillos de un extraño ejército que jamás ha servido para la guerra —Mal Tiempo y Cavite, Annual y Monte Arruit, Guadalajara y Brunete— pero que sirve perfectamente para ocupar y gobernar España contra la voluntad de sus habitantes, y que, para facilitar mejor la farsa política y ponerse al paso con los tiempos (pues no era ya posible seguir con las hogueras en la segunda mitad del siglo XIX) designa algunos comparsas de alta graduación —los O'Donnells, Serranos y Prims— para que hagan el papel de liberales, y cuando alguno va demasiado lejos o es realmente un hombre de excepción y decencia —Riego, por entonces, Galán más tarde— se asombra como si hubiera parido un monstruo, los extermina, y desinfecta a fondo para que no haya la menor posibilidad de contagio en un organismo que la Iglesia Católica sigue absolviendo ampliamente de sus crímenes porque actúa, según ella, a la mayor gloria de Dios, mientras los republicanos incipientes, que proceden del pequeño capitalismo español naciente, se pueden definir como lo hizo Ossorio Gallardo al definirse él mismo como “un hombre instalado en una escalera, llamando siempre a la puerta de la derecha y siempre sorprendido de que sea la de la izquierda la que se le abre”.

### La República Española

La Primera República dice que llegó a España

[...] de una manera fatal y contra la voluntad de los republicanos. La hubo porque no pudo haber otra cosa. La votaron los mismos que habían votado la monarquía de Amadeo, y la sirvieron algunos ministros que con él habían caído del poder. No se podía volver a llamar a Isabel Segunda, la Reina Prostituta, ni a ninguno de sus amantes, ni volver a mendigar por las Cortes europeas un nuevo monarca, ni había en la familia real nada que no fuera absolutamente inservible. Había que “probar” con la República, que si resultaba demasiado peligroso ya se encargaría Cánovas de la restauración con seis meses de respiro. Y el 11 de febrero de 1873 se hizo la maniobra con un primer gobierno, de Figueras, mixto de republicanos y monárquicos.

La desvergüenza era tal que doce días después hubo que sustituir a estos por gente oficialmente republicana. El 23 de abril, Cristino Martos, Presidente de la Asamblea, intentó un golpe monárquico que Pi Margall sofocó sin sangre (y que puede equivaler a la “sanjurjada” de la segunda república). Los federales pensaron implantar su tipo de Estado y fue precisamente su presidente, Pi, el que lo impidió (como renunció Maciá, el 31, a la República Catalana, que había ya proclamado). Se nombró a Figueras por segunda vez, y el hombre, desbordado, soltó la República y se fue (Como se fue Azaña en 1939 sin volver a la Región Centro, dejándola en manos de social-demócratas y anarquistas). El 18 de julio eligieron a Salmerón y se sublevaron los cantones (como se sublevaron el POUM y la FAI<sup>54</sup> en Cataluña en 1938), y el 6 de septiembre le sustituyó Castelar, tan visiblemente decidido a perder la República que mantuvo a Pavia en el mando, a pesar de que sabía que iba a sublevarse (como mantuvieron a todos los generales traidores los hombres insensatos de la Segunda República).

¿Cómo fue y qué posibilidades tuvo la Primera? Pues fue una comedia política; en el mejor de los casos una imposible revolución desde arriba y por decreto, cuando ni aún las leyes

---

<sup>54</sup> Partido Obrero de Unificación Marxista (trotskista) y Federación Anarquista Ibérica.

sirven si no se apoyan en los hechos de la calle, porque las revoluciones no se hacen sin pueblos armados —tierra y fusil— que las defiendan.

Don Joaquín Costa, uno de los pocos republicanos españoles revolucionarios, el hombre que se presentó a Diputado para poder pedir el fin de la guerra y la independencia de Cuba, dijo esto:

Llegó septiembre del 68; ocurrió el alzamiento tan soñado; proclamóse la soberanía nacional, y en medio del mayor entusiasmo una constitución democrática fue promulgada. Se habló de obstáculos tradicionales y el Trono fue derribado. Pero el verdadero obstáculo, el trono del cacique, quedó incólume, y todo el aparato teatral no pasó de pirotecnia: lo graduamos de revolución y no fue más que un simulacro. Se seguía sintiendo la opresión; las cosas seguían igual porque la libertad se había hecho papel pero no se había hecho carne.

Dejadme decir, una vez más, que lo mismo ocurrió con la República de Azaña. Quienes quisimos darle desde el principio el rumbo que debió llevar fuimos arrollados.

Dejadme hablar por una vez en primera persona no ya como testigo, sino como protagonista aunque sea episódico. Yo, que había proclamado personalmente la República desde los balcones del Ayuntamiento de Sevilla, que había intervenido directamente en el aplastamiento de la rebelión de Sanjurjo, cuando tropecé con un “obstáculo tradicional” y quise remediar un atropello brutal de la Guardia Civil monárquica enquistada en la República, fui procesado por agresión a fuerza armada y tuve que interpelar a Azaña para que se hiciera una justicia relativa que si se hizo al fin fue por la forma violenta y apremiante en que hube de pedirla; y eso en plena Segunda República Española, para la que también es válida la descripción que Galdós hizo de la Primera:

Bandadas de cotorras y otras aves parleras aturden con su charla retórica; alimañas saltonas o reptantes, antropoides que suben y bajan por las ramas hostigándose mutuamente; millonadas de espléndidas mariposas, millonadas de zánganos zumbantes y molestos; rayos de

sol que iluminan la fronda espesa, negros vapores que la sumergen en tenebrosa penumbra.

Cuando se proclamó por segunda vez la república, 30 años después que la de Cuba, en la provincia de Sevilla un 5 % de propietarios reunían el 72 % de la riqueza total. En Badajoz era el 60 %, en Cáceres el 57, en varias provincias más del 40 al 49. Cuba se había librado 30 años antes de la España feudal de la que los españoles no se han liberado aún, y mientras aquí, con guante sobre la garra, resucita *Tirano Banderas*, allá a principios de 1953, además de torturar hasta la muerte en una prisión a Modesto Centeno, con la leve protesta de algunos ingleses, ahorcan en garrote, con aprobación expresa de “los campeones de la democracia occidental”, en Barcelona a los obreros textiles catalanes Pedro Fernández González, Jorge Oset Palacio y José Avelino Muñoz, en Sevilla a Hilario José Martínez, Dionisio Habas Rodríguez y Miguel García, y en Granada al jefe de guerrilleros antifranquistas José Muñoz Lozano.

Claro que la Segunda República duró más y resistió heroicamente porque había ya una clase obrera poderosa y organizada, que se entregó con abnegación a la lucha, y que no hubiera sido vencida ni aún por la coalición fascista internacional ni con la complicidad de las llamadas democracias entreguistas si no hubiera sido traicionada de un lado por los anarquistas, que ya habían asomado la cabeza en el 73 en forma de cantonales, manejados siempre por “la oposición de Su Majestad”, y de otro por los social-demócratas evolucionistas, que siempre menos revolucionarios que “Izquierda Republicana” pactaron el 23 con Primo de Rivera, y acabaron en 1939 entregando Madrid, que hubiera podido seguir resistiendo y enlazar la guerra española con la mundial, de la que fue natural prólogo, que para ello había municiones y coraje, con el que los traidores acabaron en una trágica semana, asesinando a los españoles heroicos que querían luchar hasta el fin en la invencible e invencida capital de España.

Amigos cubanos y españoles: este alto emocionado es indispensable. Entré en esta meditación para explicar a España. Creo que lo he hecho. Pero no he podido explicarme aún a los republicanos españoles. Con dolor pero con convicción

y responsabilidad absoluta tengo que confesar que frente a la República Española también tenía razón Martí.

## El sentimiento español

Ya que hemos visto el sentimiento de Martí hacia España veamos también el de España hacia él. Y tampoco vamos a recopilar lo bueno que han dicho y la proclamación de su genio que han hecho todos los españoles dignos, sino a poner en la picota a los que no lo son, simbolizados por ese riquísimo y tan pobre diccionario Espasa, enciclopedia del reaccionarismo hispánico, que presenta al Apóstol como

[...] un cabecilla intransigente que se opuso a que los cubanos entrasen en la república federal española y a que se crease en Madrid un casino cubano, y que escribió algunas poesías fáciles y agradables para las cuales parecen haberse escrito las palabras de Menéndez Pelayo: En Cuba todo el mundo hace versos, y son muchos los que los hacen sonoros y brillantes, que pueden fascinar en la recitación y en la primera lectura aunque carezcan, por lo demás, de todo valor intrínseco.

No es esta desjerarquización privativa de los españoles cerriles. Martí no figura tampoco en las enciclopedias en inglés: ni en la Británica, ni en la de Dood Mead and Company, ni en la de Compton, en la que figura ampliamente Francisco Franco. Hasta los peores españoles le han dado más su puesto a Martí.

El mismo Cristino Martos, al que ya hemos nombrado, reconoció siempre explícitamente su genio, y hablando personalmente con el Apóstol le dijo un día:

No cabemos juntos en Cuba; ustedes o nosotros. Pero Ud. sigue siendo español, de espíritu español, empapado de hispanidad como una esponja absorbe el agua. Y en su prosa admirable y en sus versos ingenuos están Cervantes y Teresa de Jesús, Gracián y Saavedra Fajardo, Quevedo y Larra, Pi Margall y Bécquer.

Era el lenguaje empecinado y soberbio propio de su condición.

Luego, muerto ya el Maestro, declaró que Martí “hijo de españoles, orador y prosista español, de cerebro y corazón españoles, es para nosotros el símbolo de la Cuba que amamos, en su tránsito doloroso de provincia española a nación organizada”.

Estuvo ya mejor pero no bien. Recordando esas frases de Martos, para cuya figura el español normal tiene el mismo respeto que en el Tenorio el Capitán Centellas para la estatua del Comendador, nuestro sentimiento es otro.

### **Nuestro Martí**

La España del futuro reclamará su parte en Martí. Será cuando se pueda. Pero algún día, cuando las etiquetas estatales pierdan toda importancia, en un mundo de naciones libres y pueblos felices en que no habrá telones de hierro ni siniestros tramoyistas ante ellos, y las organizaciones internacionales no serán la farsa carnavalesca que son ahora, consideraremos una guerra civil más, manejada por poderosas fuerzas extrañas a los pueblos, la guerra hispano-cubana, y nos la explicaremos no como la pelea de la madre con la hija, a la que atropelló y maltrató más que a ninguna porque era la última que se le iba, sino como lo que fue: coletazos de un poder imperial agonizante que si explotaba hasta la extenuación a sus propios súbditos de la metrópoli, en mayor grado y con más violencia tenía que expoliar a los habitantes de su última colonia.

### **La respuesta más alta**

Unas palabras finales tengo que añadir porque Martí dijo que “Un hombre que oculta lo que piensa o no se atreve a decirlo no es un hombre honrado”.

Cuba, nuestra Cuba, que arrastra como lastre colonial el drama de ser vista hasta por algunos cubanos como patria-finca, está en una encrucijada de su historia.

Cuando España, nuestra España, empezaba a recorrer la última estación de su Calvario muchos cubanos fueron en su ayuda. Quiero recordarlos a todos en la figura de Pablo de la Torriente, que a la pregunta sobre Martí y España, sobre Cuba y España, fue el que más claro y más alto contestó.

Un día, cuando la dictadura de Primo de Rivera empezaba y los Lanceros del Rey patrullaban Zaragoza, un joven estudiante de Derecho y Letras, sentado en un banco, vio venir sobre él a uno de los vistosos jinetes.

¡Largo de aquí!”, gritó el soldado.

“¡No me da la gana!”, replicó el estudiante.

Le echó el caballo encima pero, ágil, subió una escalinata, y la sonrisa irónica del hombre de los libros se opuso al rictus tenso del hombre de la lanza.

Ganar un poco de altura, aunque sea solo sonriendo, puede ser un modo de estar en su puesto, pero no basta.

Trece años después —hace ahora 17— el 7 de noviembre de 1936, cuando las vanguardias moras llegaban a Madrid, Pablo, con su jacket corto de suave cuero azul catalán y una pistola al cinto, caminaba con el estudiante aragonés de mi historia, angustiados e iracundos, por la “tierra de nadie”.

Venían, aspeados y maltrechos, los fusiles al rojo, sin balas en las cartucheras, grupos de toledanos en derrota.

Pablo los animaba: “¿Tendrá que venir un cubano a enseñaros a tener valor?”

Los milicianos lo miraban con asombro. Les pedían cuentas a ellos, que no habían podido ni recoger sus muertos...

Pero nadie reaccionó violentamente, y en silencio seguían caminando.

De pronto uno se echó a reír. “¿Con qué eres cubano, eh?”. “Sí. Soy cubano. Y os digo que no pasarán!”.

El de Toledo, con el fusil al brazo derecho, se acercó a Pablo y lo estrujó en un abrazo muy fuerte.

Volvimos todos. Pablo con el ceño fruncido, alta la frente, malas palabras, al viento el cabello enmarañado.

Y ya lo sabéis... Murió en España, peleando por la libertad...

Hoy sus dos patrias, nuestras dos patrias viven enfermas del mismo mal.

Allá, sangrientamente.

Aquí, en un guiñol de patriarcalismo providencialista.

Martí tronaría contra esto y aquello, y para callarlo habría que volverlo a matar.

Dijo, hablando a los niños:

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. Y cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Porque en el mundo ha de haber siempre cierta cantidad de decoro como ha de haber cierta cantidad de luz.

Y hablando a los jóvenes, hablando de la Cuba de 1892, dijo:

No es buena universidad ni tienen por qué salir hombres perfectos de aquel teatro de condescendencias y vicios donde no hay justicia sin soborno, ni ráfaga de aire sin adulación, ni pan sin mancha y quien lo quiere sin mancha se queda sin pan.

Pero por aquel milagro del diamante, que luz cuaja en medio del carbón, se cría, a la vez que la generación pecadora y ligera, otra de mozos enérgicos que buscan la riqueza en el trabajo de las fuerzas naturales o aspiran, en silencio armado, a rescatarlas del ocupante que nos las detenta.

Y eso es de todos, que el que se contenta con el bien para sí y no cuida de la infamia y la miseria que se comen a los demás, ni es hombre a derechas ni se salvará de que lleguen a él la infamia y la miseria públicas.

Y ha de escribirse un poema nuevo donde esté llena de hombres piadosos la barca del mundo, y al egoísta impasible, que crió su flor entre el hambre y la sed, se le tenga por toda una luna fuera de la barca, forcejeando en la noche vacía.

Una vez más Martí se alzaba: del lodo a la alta estrella, del abismo a la barca de salvación, de la hiel a la miel, del dolor a la alegría, de la desesperación a la esperanza.

## Las dos rosas

El símbolo martiano es la rosa.

Hoy nuestras patrias son —¡Pablo!— dos rosas mustias salpicadas de fango.

¡Ojalá sean —y pronto— pétalos nuevos y fragantes de la gran rosa del mundo libre!